

Dios y el vivir cristiano

Si un desconocido nos hiciese un inesperado regalo, ¿no sentiríamos por él, al menos, simpatía? Si un amigo nos hace un favor, ¿no aumenta nuestra amistad o se consolida nuestro afecto hacia él? ¿Qué deberíamos sentir entonces hacia el Ser que nos creó a imagen y semejanza suya? Es evidente que la intensidad de ese sentimiento debiera ser proporcional al don recibido.

Entendamos la creación como acto de amor y no olvidemos la deuda que cada uno de nosotros, al nacer, ha contraído hacia Dios. "Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" —dice el primero de los Mandamientos—. Esa deuda de amor sigue, pues, dos caminos: uno, absoluto, que nos lleva al amor de Dios "sobre todas las cosas", y, otro, indirecto, que nos conduce a Dios a través del amor al prójimo. Ignorar este segundo camino es ignorar el mensaje de Cristo expuesto en la Última Cena: "Un nuevo mandamiento os doy: "Que os améis unos a otros, como yo os he amado, que también vosotros os améis mutuamente. En eso conocerán todos que sois discípulos míos, si os tuviereis amor unos a otros". (San Juan, XII, 34-35.)

La caridad, ese amor al prójimo, dimensión fundamental del Cristianismo, no es, así, simple limosna. En el vivir cristiano el dar, el darse, tiene que estar trascendido por la "caritas generis humani".

El Cristianismo constituye una verdadera innovación en el pensamiento social y filosófico de todas las épocas. Es una religión nueva, ya que considera valores morales y espirituales que ninguna otra había puesto hasta entonces en tabla de juicio. La Fe, la Esperanza y la Caridad enfocadas como virtudes esenciales, simultáneas e interdependientes, han sido la base de la nueva doctrina y dieron al hombre una proyección ignorada en épocas anteriores.

El cristiano auténtico tiene que dar un testimonio público y constante de su filiación divina y de su adhesión a la Ley evangélica. Ese testimonio no debe ser exclusivamente de palabras y de actos de culto exterior; tiene que ser una manifestación palpable de vida interior, de identificación con la voluntad de Dios.

Es muy difícil, a menudo, conseguir esta coherencia total entre la doctrina cristiana y la vida del hombre en sociedad, esta sociedad a veces tan imperfecta, materialista y amoral. Pero el hombre verdaderamente cristiano no debe tener otra opción que la aceptada tras haber abrazado su religión: el cristiano tiene que vivir como tal y, sin causar violencias o escándalos, tendrá que sacrificarse siempre; su fe se lo exige.

El "ofrecer la otra mejilla" para que el enemigo te abofete la segunda vez no constituye una metáfora literaria: es toda una norma de vida y de comportamiento social al que hay que sacrificar nuestro amor propio y nuestro egoísmo: Es, podemos decirlo, la otra cara del primer mandamiento: "Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo".

Si amas, si te entregas a los demás sin reservas materiales o espirituales dejarás de sentir egoísmo y amor propio, ya que tu ser espiritual se confunde en la hermandad de los hijos de Dios. Y, al sentirte golpeado por tu hermano, le ofrecerás la otra mejilla, tal como Cristo ha hecho al entregar su cuerpo inmortal a la Justicia de los Hombres.

En todos nuestros actos, en nuestra labor diaria, en toda nuestra vida, tenemos que sentirnos elementos del Cuerpo Místico de Dios y buscar la inspiración constante de su voluntad. Repitamos y sintamos la frase de la Virgen: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu voluntad". (Lucas, I, 26-39). Seamos "esclavos" de Dios, la única "esclavitud" en que la dignidad humana puede engrandecerse y afianzarse, porque, repitiendo las palabras del gran pensador cristiano Guy de Larigaudy, "On n'est grand qu'au service d'un grand Seigneur, et il n'est plus haut Seigneur que mon Dieu" (Sólo se es grande al servicio de un gran señor, y no existe Señor más alto que mi Dios).

Lee: "1.ª, 7.ª y 8.ª Promesa" en el texto de Grado-Cadetes.